

## a Tinta Roja

*Anónimo*

**Recibido:** 25 de noviembre 2012

**Aprobado:** 30 de noviembre de 2012

*“Al fin de la batalla,  
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre  
y le dijo: «¡No mueras; te amo tanto!»  
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.”*

Masa – César Vallejo

Llevaba días buscando un número, uno solo entre la incommensurable lista de números disponibles, impresos en las mensurables hojas del informe. Era un número esquivo que desordenaba la armonía, el equilibrio, la belleza del balance.

Su trabajo era el de un sabueso, con su esfero rojo cual nariz sensible “olfateaba” cada rincón de la hoja, rastreaba aquel signo que a estas alturas se había convertido en su peor enemigo: mañana era el día final, en que todo debía quedar resuelto, solo unas pocas horas lo separaban de la presentación oficial del informe.

– “Si lo encuentro rápido podré ir a casa, cambiarme, comer algo y quizás –solo quizás– si ella está de buen humor, tengamos unos minutos para hacer el amor”.

Al fin y al cabo, ambos se lo merecían. Tres meses de intenso trabajo le habían vuelto un extraño en su propia cama, en la que ahora –sin saberlo él, claro está, pero intuyéndolo– reinaba otro cuerpo.

Hacía pequeños proyectos en su mente, pequeños espasmos de vida que se empujaban en su cabeza, para olvidar el tedio, quitarse la tensión, relajarse para ver si finalmente podía ver orden en el caos de números que se arrebujaban en la mesa. Cuarenta veces había revisado las cuentas y otras tantas había fracasado en hallar el error. Cada segundo, la concentración se hacía más difícil: las enormes cantidades de café, la molestia de la luz blanca del bombillo que brillaba alta en la oficina, luz fija en un mediodía interminable, las copiosas cantidades de pedazos de comida que pasaban sin horario fijo, de sus manos a su boca, masticados de cualquier manera, rápidamente, un acto mecánico para mantenerse a flote en medio del sopor de la madrugada.

De pronto, en una pausa para estirar el cuello, posó por mera casualidad sus ojos en una partida de caja, un número enorme, que no podía ocultarse ni con una montaña, que por alguna razón todos habían pasado por alto, se concentró por última vez, revisó con su esfero rojo todos los asientos de la hoja, despejó el escritorio de los restos de comida, vasos y lápices. Al quitar una caja de comida del escritorio descubrió una hoja: el enemigo había mostrado el rabo, una visión fugaz, pero suficiente para alertarlo de su presencia.

Se concentró aún más en un grupo de cuentas, rehízo las sumas, revisó los registros, cotejó las notas –“esta noche sí podré dormir un rato en mi cama...hace rato no veo a Gabriela”– se decía a sí mismo, exultante, mientras cada revisión lo convencía de estar cerca del monstruo que buscaba; con cada repaso, éste iba tomando forma, se revelaba enteramente sobre su escritorio, hasta llenar el ancho de la hoja: un número de ocho cifras, que crecía exponencialmente, desbordó el libro de contabilidad que lo contenía, se derramó sobre la mesa, y comenzó a caer como líquido y hacer un charco en el piso.

Se levantó de su silla, extrañado, solo extrañado, mientras los números aumentaban su flujo incesante y ya no caían como gotas, sino que eran chorros enteros, Amazonas, Nilos, Magdalenas enteros de números se desparramaban por la mesa, caían al piso, se acumulaban en el piso de

madera. Él reía, de una forma en que nunca lo había hecho, reía con furia, reía con risa, reía con llanto, mientras el nombre de ella pasaba entre las carcajadas, no sabía por qué reía, ni porqué ella aparecía entre sus risas, mientras lo impensable pasaba.

Un último atisbo de razón la tranquilizó: era efecto del cansancio y el estrés, la mala alimentación y demasiado café. Pero a pesar de ello, los números, que ya eran un pequeño lago que inundaba la oficina, seguían saliendo del libro, rugiendo incontenibles, cubriendo sus rodillas primero y subiendo por su cintura. Gritó, todo lo alto que pudo, para que alguien pudiera ayudarlo, pero allí no había más oídos para escuchar que los suyos, se subió sobre el escritorio y golpeó el techo para ver si alguien lo rescataba de su ilusión, pero nada detenía la rugiente catarata de registros que terminó por inundarlo todo: su boca que ya no gritó más, su nariz, sus oídos... todos sus pensamientos.

Al despuntar la mañana, la primera en llegar advirtió el inusual desorden en la oficina del contador, abrió la puerta y un montón de hojas de libros contables se desparramaron a sus pies. “–Qué desorden éste, carajo y con todo lo que tengo que hacer hoy”. Con la escoba comenzó el lento trabajo de ordenar lo que debía ser de por sí ordenado; en una esquina, al retirar una carpeta del archivo, encontró una mano que aferraba un esfero de tinta roja; asustada, retiró el resto de papeles para descubrir con horror que el número esquivo colgaba de la sien del hombre, se descolgaba como un hilillo por su mejilla y se volvía un charco de tinta roja en el piso de la oficina.